

## ENCUENTROS



*En celebración de la  
extraordinaria vida de  
Elisabeth Samson*

---

Conferencia de

**Cynthia McLeod**

## **CENTRO CULTURAL DEL BID**

Directora: Ana María Coronel de Rodríguez

Artes Visuales: Félix Angel

Conciertos y Conferencias: Anne Vena

Asistente administrativa: Elba Agusti



En mayo de 1992, el Banco Interamericano de Desarrollo creó el Centro Cultural en su sede de Washington, D.C., con el propósito de establecer una sala de exposición y un foro permanente desde donde difundir las manifestaciones más destacadas de la vida artística e intelectual de sus países miembros, que se sitúan en Norte, Centro y Sur América, el Caribe, Europa Occidental, Israel y Japón. El Centro Cultural contribuye a realzar la expresión cultural como un elemento integral del desarrollo económico y social de los pueblos.

Las actividades del Centro, a través del Programa de Artes Visuales y de la Serie de Conciertos y Conferencias, estimulan el diálogo y un mayor conocimiento de la cultura de los países americanos. El Programa de Estímulo y Promoción Cultural se estableció en 1994 para apoyar proyectos en América Latina y el Caribe que promueven el desarrollo cultural comunitario y la educación artística de jóvenes en el nivel local, y provee apoyo institucional para la conservación del patrimonio cultural, entre otros aspectos. La Colección de Arte del BID, conformada a lo largo de muchos años, es asimismo administrada por el Centro Cultural. La Colección refleja adquisiciones que van de acuerdo con la relevancia e importancia hemisférica que el Banco ha logrado después de cuatro décadas de existencia como institución financiera pionera en el desarrollo de la región.

## EN CELEBRACION DE LA EXTRAORDINARIA VIDA DE ELISABETH SAMSON

---

*Cynthia McLeod*

La empresa que tengo hoy ante mí es ardua porque entraña destilar años de intensas investigaciones que abarcan dos continentes en una conferencia de cuarenta y cinco minutos.

Quiero manifestar mi sincera gratitud al director del Centro de Estudios Rijksarchief en La Haya, quien me concedió libre acceso a documentos muy antiguos que no están al alcance del público no porque sean secretos, sino porque son tan delicados que se desintegrarían. Sin la ayuda del director, no habría podido conocer la realidad acerca de Elisabeth Samson.

En Holanda y Bélgica, donde la gente tiene un interés natural por conocer –y conoce, en sus aspectos fundamentales– la historia del pasado colonial holandés y del contexto cultural de ese país aparentemente oscuro llamado Suriname, no es difícil despertar el interés en la fructuosa vida de una notable millonaria negra que vivió allí en el siglo XVIII.

A semejanza de los Estados Unidos, Suriname está situado en América y su historia también se arraiga en las luchas, la búsqueda de la libertad, la esclavitud y la servidumbre (término que usamos para describir la mano de obra de los inmigrantes). Nuestra historia, como la de ustedes los estadounidenses, está hecha de tajadas –aunque cada una condimentada con sabores y matices singulares– del mismo pastel de la experiencia humana en el que el afán y la lucha en pos del amor, la aceptación, la comprensión, el respeto, la propia dignidad, el reconocimiento, la victoria y los logros se agitan y laten con fiereza en el pecho de la humanidad.

Por distante que Suriname les pueda parecer en los recuerdos de la historia que en este momento se agolpan en su mente, quisiera presentarles a una surinamesa cuyo perfil proyectado en el horizonte está compuesto de elementos universales que enlazan el pasado con el presente: su nombre es Elisabeth Samson.

---

La conferencia *En celebración de la extraordinaria vida de Elisabeth Samson* fue dictada en el Banco Interamericano de Desarrollo en Washington, D.C., el 7 de agosto de 1998, como parte del Programa de Conferencias del Centro Cultural del BID.

Elisabeth Samson es una figura sobresaliente en los libros de historia de Suriname porque en 1764 fue la primera *Negress*, o negra, que aspiró a casarse oficialmente con un hombre de raza blanca en ese país. A algunos de ustedes les asombrará que haya utilizado el vocablo *Negress*. Me acojo a su indulgencia y les ruego me permitan usar este término arcaico, pues no lo hago de una manera injustificada ni con ánimo de rebajar a la raza negra, a la cual pertenezco.

Cuando Elisabeth Samson formuló su petición oficial para casarse en 1764, el Consejo Político y el gobernador, que eran las más altas autoridades en esta colonia holandesa en América, no concedieron el permiso. Las autoridades se apoyaron en un *plakkaat* (decreto o ley) sancionado en Suriname en 1685 que prohibía el matrimonio entre blancos y negros. Elisabeth Samson, sin embargo, no se conformó con la negativa. Por conducto de sus abogados en Amsterdam solicitó el permiso para casarse a los Directores de la Sociedad de Suriname, que eran los propietarios de la colonia. La apelación directa a Holanda obligó al gobernador y al Consejo Político a enviar a toda prisa una carta a la metrópoli en la que explicaban con lujo de detalles por qué estaba prohibido ese matrimonio y no debía permitirse. En su explicación tan pormenorizada, no obstante, reconocieron y citaron un argumento que en este caso particular favorecía el otorgamiento de la autorización solicitada.

Elisabeth Samson era una negra muy acaudalada. Quiero leerles las palabras con que el gobernador y el Consejo Político se refieren al único argumento favorable.

Esto significaría que la fortuna que este joven heredaría a su debido tiempo pasaría a formar parte de las posesiones de los blancos. Eso sería bueno porque no es recomendable que los negros sean ricos y tengan posesiones y dinero, pues nuestros esclavos podrían concebir la idea de que ellos también pueden enriquecerse y adquirir posición y poder como los blancos, siendo así que es obvio a los ojos de todo el mundo que los blancos son una raza más noble y mejor que lo que jamás podrían serlo los negros.

Los Directores de la Sociedad de Suriname en Holanda no pudieron llegar a ninguna decisión. Por este motivo, transmitieron las cartas a los Generales del Estado en La Haya, que eran la máxima autoridad política holandesa en esa época. Este cuerpo llegó a la conclusión de que el *plakkaat* sancionado en Suriname en 1685, en el que se fundamentaba la denegación del permiso solicitado por Elisabeth Samson para casarse, no era una ley holandesa. Asimismo, dictaminó que si bien Suriname era una colonia holandesa, no había ninguna ley en Holanda que prohibiese el matrimonio entre blancos y negros. Esta decisión definitiva se comunicó por escrito a los Directores de la Sociedad, quienes la despacharon por correo a Suriname. Por desgracia, todo el trámite consumió tres largos años, de manera que cuando la decisión definitiva llegó a su destino el prometido de Elisabeth Samson había fallecido. Elisabeth, mujer de no pocos recursos, pronto se consiguió otro blanco, esta vez mucho más joven. Así, Elisabeth y Hermanus Daniel Zobre

se casaron en la casa de ella el 21 de diciembre de 1767.

Antes de seguir con la exposición cronológica, quizá sea más pertinente facilitar información sobre el país donde todo esto sucedió. Originalmente, Suriname, que hoy en día es el único país de habla holandesa en América del Sur, a finales del siglo XV era una posesión española en el Nuevo Mundo. España no se ocupó de esta zona y cien años después un inglés se apoderó de ella en nombre del rey de Inglaterra. Hacia 1650, el inglés lord Willoughby llegó procedente de Barbados con algunos colonos y juntos establecieron las primeras haciendas o plantaciones de caña de azúcar.

En esa época temprana, familias de judíos portugueses emigraron del Brasil y se asentaron en Suriname. En 1667, durante la segunda guerra holandesa entre Gran Bretaña y Holanda, los holandeses capturaron la colonia azucarera. Esto desembocó en lo que quizá siempre quedará registrado en los anales de la historia como uno de los intercambios de tierras coloniales más famosos: Holanda cedió Manhattan, en Nueva York (que a la sazón se llamaba Nueva Amsterdam), a Gran Bretaña a cambio de Suriname. Desde 1667 hasta 1975 Suriname fue una colonia holandesa.

Hugonotes franceses, agricultores suizos y alemanes y algunos aventureros holandeses llegaron a Suriname como colonos. Estos europeos importaron millares de negros de África para trabajar en las plantaciones. En los doscientos años de esclavitud bajo el dominio holandés, se importaron a Suriname tantos esclavos como los que llegaron a todo el sur de los Estados Unidos, es decir, unos 300.000. Aunque al final de la esclavitud en los

Estados Unidos el número de esclavos había aumentado a un millón, en la época de la abolición de la esclavitud en Suriname, en 1863, su número se había reducido a tan sólo 33.000. Los holandeses tenían la reputación de ser los peores propietarios de esclavos en el mundo.

A fin de controlar el gran número de esclavos, los holandeses establecieron reglamentos severos conocidos como *plakkaats*. Estaba prohibido, por ejemplo, que los esclavos se hiciesen cristianos, se instruyesen, hablasen holandés, vistiesen a la usanza europea, calzase zapatos o anduviesen en las calles al caer la noche. Siempre que un esclavo ganaba la libertad, tenía que hacerse cristiano. A pesar de todo, gracias a la situación geográfica particular y a la indomable determinación de muchos nuevos esclavos que sobrevivieron la cruel travesía a América por mar (*Middle Passage*), en las zonas rurales surgieron grupos poderosos de cimarrones. Estos esclavos fugitivos se refugiaban en el interior y con frecuencia se ocultaban detrás de las cascadas. Los cimarrones (o *bush Negroes*, como se los llamaba entonces y como se siguen conociendo hoy en día sus descendientes en Suriname) se convirtieron en una grave amenaza para los colonos. Con frecuencia atacaban las haciendas en busca de suministros, materiales, armas, comida e incluso mujeres. Había veces en que asesinaban al dueño de la hacienda y su familia y saqueaban las dependencias.

Durante dos siglos, la Sociedad de Suriname en Holanda envió un ejército a proteger las plantaciones y combatir a los cimarrones. Muchos de esos soldados murieron por la causa, mientras que otros se quedaron y siguieron en el servicio militar. En realidad este ejército era una fuer-

za mercenaria formada por jóvenes blancos aventureros y soldados de toda Europa, en su gran mayoría solteros. Algunos eran fugitivos de la justicia que huían de las autoridades de su país natal. Sean cuales hayan sido sus circunstancias personales, estos hombres fueron una de las razones de que surgiera en Suriname la raza mulata o mestiza. Al llegar la emancipación, en 1863, el mayor grupo de habitantes de Suriname era el de los mulatos.

En 1850, el gobierno holandés empezó a traer chinos, indios, paquistaníes, japoneses, indonesios y portugueses de Madeira a trabajar en las haciendas que se habían deteriorado con el paso del tiempo.

En 1916, se descubrió que en Suriname había bauxita, lo que vino a salvar la economía del país. En la actualidad, ochenta por ciento de los ingresos de Suriname provienen de la bauxita, y especialmente del aluminio, que se elabora en el país. Con una población de meros de 500.000 habitantes, en la actualidad Suriname alberga a personas de prácticamente todas las razas y credos. Habiendo presentado estos datos generales, quisiera regresar a la historia de nuestra heroína, Elisabeth, antes de que se nos marche por falta de atención.

En el pasado, algunos historiadores dieron por sentado que Elisabeth se hizo rica porque era una esclava que había sido liberada por un amo blanco, de quien era amante, y que él le dejó su dinero al morir. Dichas conclusiones son un simple reflejo del modo de pensar machista que va unido a las ideas de supremacía de la raza blanca. Según este modo de ver las cosas, ¿qué otra forma podía haber para que una negra llegara a ser rica en el siglo XVIII?

Influida por la lectura de muchos libros de historia, yo misma me creí esa interpretación cuando era joven. Aun así, me intrigaba muchísimo todo el asunto: primero que todo, el hecho tan simple de que el prometido de Elisabeth no hiciera nada ni tomase la iniciativa para el matrimonio. Todos los libros concuerdan en que era ella la que quería casarse con el blanco. En consecuencia, para mí el interrogante era: ¿por qué estaba tan deseosa de casarse cuando en la sociedad surinamesa del siglo XVIII era práctica aceptada que hombres blancos viviesen con mujeres negras y mulatas? (No hay que perder de vista que, entre la raza blanca, la relación era de aproximadamente 10 hombres por cada mujer.)

¿Quién era este personaje misterioso y fascinante llamado Elisabeth Samson? Algunos historiadores afirmaban que era mulata. ¿Era realmente mulata o negra? Si era mulata, entonces el *plakkaat* surinamés de 1685 que prohibía el matrimonio entre "negros y blancos" también se usó para prohibir que los mulatos se casaran con blancos, lo cual significaría que en aquella época había una división racial muy rígida. Sin embargo, no es esto lo que sucedía en la realidad.

La sociedad surinamesa del siglo XVIII no era una copia idéntica del sur de los Estados Unidos, sociedad que no hacía distinción entre negros y mulatos. En el Suriname de aquel entonces, todos los matices de color y la cantidad de sangre blanca estaban claramente determinados y se clasificaban con distintos nombres. Una persona se consideraba negra únicamente cuando era ciento por ciento de esta raza. El hijo de la unión de negro y blanco era un mulato, mientras que al descendiente de mulato y negro o de indio y

negro se le llamaba *karboeger*. A la persona que tenía por padres un mulato y un blanco o bien un indio y un blanco se le llamaba *mesties*. La unión de *mesties* y blanco daba origen a un *casties*, mientras que la de *casties* y blanco producía un *pusties*. A los negros y a los blancos se los consideraba puros. Los distintos matices intermedios se consideraban mulatos o “de color”.

Mis investigaciones a fondo acerca de Elisabeth Samson comenzaron hace diez años. A la fecha, ella consume una buena parte de mi vida imaginativa, y mis investigaciones continúan; estoy segura de que continuarán hasta el final de mi vida. Al cabo de cinco años de estudios intensos, llegué a un punto en el que pude demostrar de manera categórica, basándome en los datos históricos, que los primeros historiadores habían hecho muchas suposiciones incorrectas no sólo acerca de Elisabeth Samson, sino de hecho acerca de la situación de las relaciones raciales en la sociedad surinamesa de los comienzos del siglo XVIII. Gracias a mis estudios y hallazgos, la extraordinaria persona de Elisabeth ha sido rescatada de la esfera de la “amante negra irremediablemente abandonada y digna de lástima” que hereda la fortuna de su industrioso amo blanco. En realidad, los registros históricos muestran exactamente lo contrario—como si dijéramos, el rabo menea al perro—, es decir, que fue la sociedad blanca la que heredó la riqueza de Elisabeth.

Otro aspecto de gran importancia fue comprobar que la relación entre negros y blancos era muchísimo más compleja de lo que sugiere un rígido código de relaciones raciales. La verdad es que el gobierno hizo cuanto pudo para mantener separados a los grupos étnicos, y ningún otro *plakkaat* o decreto legal de Suriname

fue objeto de cambios tan frecuentes como el que dictaba que debía haber una separación y distinción estricta entre grupos. Precisamente, el hecho de que el *plakkaat* tuviese que modificarse con tanta frecuencia fue el primer indicio de importancia que me llevó a buscar deliberadamente en la dirección contraria. Lo que quiero decir es que, por ejemplo, nunca se encuentra un *plakkaat* que prohibiese el casamiento de una mujer con un niño de diez años. ¿Por qué no? Bueno, simplemente las mujeres no desean casarse con chiquillos de diez años. (Al menos, no hasta hace poco en los Estados Unidos, según tengo entendido.) Lo cierto es que el código del gobierno relativo a las uniones de negros y blancos era puesto a prueba constantemente y con gran frecuencia no se le hacía ningún caso.

Mis investigaciones más serias sobre Elisabeth Samson no tuvieron lugar en Suriname, sino que comenzaron en la *Rijksarchief* de La Haya, Holanda. Irónicamente, ése es el lugar adonde hay que ir a buscar la información sobre el período colonial de Suriname. Los investigadores y estudiosos de la historia rara vez pueden encontrar algo anterior a 1850 si están en el propio Suriname. Pasé mucho tiempo en la *Rijksarchief*; también fui a consultar archivos a Amsterdam, Rotterdam e incluso Alemania, concretamente a Emmerich y Keulen.

Al principio, la empresa fue como buscar una aguja en un pajar. De hecho, existe una gran escasez de información sobre los negros, ya no digamos sobre una negra del siglo XVIII. Lo único que sabía es que tenía que empezar por alguna parte. Y el indicio que buscaba resultó ser la carta de solicitud enviada por Elisabeth a los Directores. Cuando leí la carta, com-

probé que Elisabeth Samson era ciento por ciento negra. Esto es lo que dice ella misma: "soy una negra nacida en libertad". Si hubiese sido mulata, nunca habría declarado que era negra. La expresión "nacida en libertad" también es importante porque hay diferencia entre los derechos de las personas que adquieren su libertad por manumisión y las que nacen libres.

La afirmación de Elisabeth en el sentido de que había nacido en libertad planteó un acertijo que cobró mayores proporciones cuando encontré el acta de matrimonio original, cosa que me resultó fácil porque sabía que se había expedido en 1767. En el asiento de matrimonios de la Iglesia Reformada Holandesa en Suriname, encontré la noticia o *banns* del matrimonio, fechada el 11 de diciembre de 1767, entre Elisabeth Samson y Hermanus Daniel Zobre, y la boda se celebró el día 21. En este documento se menciona que el novio tenía treinta años de edad, mientras que Elisabeth tenía cincuenta y dos. Esto significa que ella había nacido en 1715, o sea, muy al principio de la era de la esclavitud. (En las colonias holandesas la emancipación se produjo en 1863, treinta años después que la emancipación inglesa.) Así pues, el interrogante que planteaban esas fechas tan tempranas era el siguiente: ¿cómo pudo Elisabeth Samson—ciento por ciento negra—haber nacido libre en 1715 en Suriname?

Para que se considerase que alguien nacía libre, esa persona tenía que nacer de una mujer libre. Desde luego, en esa época era posible que un mulato naciera en libertad. Si una mujer negra era embarazada por un blanco y éste quería que su hijo naciera libre, podía hacer los trámites para que la mujer quedara libre antes de nacer la criatura. Pero nada de esto

tenía que ver con Elisabeth, que era negra; obviamente, su padre no era blanco. La pregunta que me planteé fue: ¿por qué se concedió la libertad a la madre de Elisabeth? Este interrogante no obtuvo respuesta durante los siguientes cuatro años de mi investigación. Como podrán imaginarse, la información no la encontré en una secuencia netamente cronológica.

En el ínterin, sin embargo, encontré muchos casos de mulatas que se casaron con blancos, lo cual demostraba sin lugar a dudas que las autoridades se habían opuesto al matrimonio de Elisabeth Samson simplemente porque ésta era negra.

Finalmente, pude descubrir la clave del secreto de que la madre de Elisabeth hubiese obtenido la libertad. Hacia 1700, llegó a vivir a Suriname un holandés propietario de plantaciones llamado Jan van Susteren. Este personaje vino de St. Kitts acompañado de algunos esclavos de uno y otro sexo, entre ellos una esclava de nombre Nanoe, con quien tuvo dos hijos, Chalo y María. Los dos niños eran mulatos, pero seguían siendo esclavos suyos.

En Suriname, Van Susteren contrajo matrimonio y posteriormente murió en 1712. En su testamento, dejó instrucciones a su mujer para que liberara a Nanoe y a sus dos hijos, Charlo y María. (Entre tanto, sin embargo, Nanoe había tenido seis hijos más de uno o varios hombres, todos ellos negros.) De manera que Nanoe, Charlo y María fueron libertados en 1713. Charlo y María adoptaron el patronímico Jansz, que significa literalmente "hijo de Jan". (*Jansz* deriva del holandés *Jan's zoon*, donde *zoon* significa "hijo".) Un año después, la recién liberada María casó con un acaudalado suizo, Pierre Mivela, propietario de la plantación Salzhallen.

Al queda libre, Nanoe, la madre de los muchachos, adoptó el nombre de Mariana y se convirtió al cristianismo. En 1715, Nanoe, ahora llamada Mariana, tuvo una hija más: Elisabeth Samson. Así fue como Elisabeth Samson nació en libertad.

Elisabeth y Maria, la hija de Nanoe y Jan van Susteren, eran medias hermanas. Maria no tuvo hijos. Al morir el marido de ésta, Mivela, Maria casó de nuevo con Frederick Coenraad Bossche. Elisabeth se crió en la casa de Maria y Frederick.

Charlo, el hermano de Maria, se hizo carpintero y construía casas e iglesias, y reparaba bancos de iglesia. Fue él quien compró a todos los hijos de Nanoe de la viuda de su padre, con lo cual sus hermanos pasaron a ser sus esclavos. Luego trabajó el resto de su vida para hacerlos libres. En 1727, dictó su testamento y con todo orgullo pudo afirmar que había vivido lo suficiente para liberar a los de su sangre. En 1732, ya toda la familia era libre.

Con toda seguridad, Elisabeth era una chica inteligente. Aprendió a leer y escribir a edad temprana, cosa que era excepcional para una negra en esos tiempos. Fue bautizada a los diez años y en el certificado de bautismo se puede leer que el concilio eclesiástico había quedado asombradísimo del conocimiento que la niña tenía de la Biblia.

El marido de Maria, Frederick Coenraad Bossche, era capitán en el ejército de la Sociedad; también era hombre de negocios e importaba licores y otros materiales. Creo que a una edad bastante temprana, Elisabeth fue educada para que lo ayudara en los negocios y es probable que ella emprendiera algunas actividades comerciales por su cuenta. Encontré una lista publicada en Suriname en 1734 de las personas con posesiones y allí aparece

el nombre de Elisabeth: a la sazón tenía solamente diecinueve años.

En la primera parte de su vida no todo fue miel sobre hojuelas. Tuvo graves problemas con el gobierno y el Consejo Político. Permítanme contarles lo que pasó:

En 1736, llegó a Suriname el gobernador Raye; como ustedes saben, los gobernadores son hombres poderosos que suelen otorgar favores. Pues bien, la señora Pelzer, mujer de uno de los colonos, le pidió un favor al gobernador, quien prometió hacérselo pero no cumplió de inmediato. La señora Pelzer se impacientó y, aprovechando una recepción, le recordó al gobernador su promesa; esto no le gustó a él, quien respondió airado diciéndole que le haría el favor, pero que esto no era asunto prioritario. El matrimonio Pelzer se enfadó muchísimo y dijo una serie de cosas desagradables acerca del gobernador. Por casualidad, Elisabeth Samson estaba presente en casa de los Pelzer cuando éstos formularon sus comentarios, y más tarde se encargó de informar al gobernador de las acusaciones de la pareja. El hombre se enfureció tanto al conocer la noticia, que mandó un grupo de soldados a detener a los Pelzer y traerlos a su presencia. El matrimonio negó las acusaciones y declaró que nunca había pronunciado tales palabras.

El gobernador no se detuvo allí. En la sesión semanal que celebraba con el Consejo Político, exigió que éste efectuara una investigación para llegar al fondo del asunto. El consejero de asuntos judiciales, un tal Van Meel, se ocupó de la investigación del escándalo. Varios testigos que llamó a declarar dijeron no saber nada, en actitud parecida a la de los acusados. Negaron incluso haber estado presentes cuando se habían formulado las presuntas acu-

saciones. Los que reconocieron que habían estado presentes adujeron haber estado distraídos y por ello no haber escuchado bien.

Al final de cuentas, el consejero llegó a la conclusión de que los Pelzer no habían dicho nada ni habían cometido falta alguna. La culpable de todo el asunto era la negra libre Elisabeth, la sembradora de rumores, y Van Meel recomendó que se la sometiera a un juicio. Además, declaró abiertamente que nadie podía creerle a un negro, y se preguntaba qué valor podía dársele a la palabra de una mujer que se prostituía frente a la palabra de gente blanca decente.

Fue entonces cuando la situación tomó un giro desfavorable para Elisabeth. Fue acusada formalmente de diseminar rumores que ponían en peligro la vida de las personas. Van Meel la acusó de intento de asesinato alegando que, si se hubiese creído lo que afirmaba, el juez podría haber sentenciado a muerte a los Pelzer, pues ésta era la pena máxima por difamación del gobernador. Van Meel recomendó que se castigara a Elisabeth con cien azotes y la expulsión de Suriname. El veredicto fue el destierro definitivo.

Terminado el juicio, el cuñado de Elisabeth, Frederick Bossche, llevó a ésta ante el procurador de justicia y pagó la fianza para que la pusieran en libertad. La acusada fue enviada a Holanda, donde inmediatamente apeló el veredicto. Esto debía hacerse en el recinto de los Generales del Estado, en La Haya. El recurso de apelación tardó dos años, pues los documentos debían enviarse desde Suriname, donde el trámite se demoraba deliberadamente. En consecuencia, Elisabeth vivió durante dos años en La Haya, mientras su abogado se afanaba redactando cartas en

las que instaba a acelerar el proceso. Finalmente, se dio a conocer el veredicto con respecto a la apelación: se declaró inocente a Elisabeth y se le permitió volver a Suriname sin temor a represalias.

Después de haber leído toda la documentación del caso, he llegado a la conclusión de que el gobernador siempre creyó en la palabra de Elisabeth, pero no pudo arreglárselas con el Consejo Político, especialmente con Van Meel. Después de las audiencias en los tribunales y del proceso en Suriname, el gobernador escribió una carta mordaz y muy crítica a los Directores de la Sociedad en Amsterdam, en la que se quejaba de varios asuntos que no le satisfacían. En esa misma carta pedía que lo relevaran de su puesto; sin embargo, murió antes de recibir la respuesta de la Sociedad. En 1739, una Elisabeth Samson triunfante volvió a pisar el suelo surinamés.

Tres años más tarde, en 1742, Mauricius fue designado gobernador de la colonia y durante su administración ésta prosperó. El número de plantaciones se multiplicó y todo el que tenía el dinero suficiente y sabía cómo llevar una hacienda pudo adquirir tierras del gobierno. Elisabeth poseía dos pequeñas haciendas cafetaleras, Toevlucht y Welgemoed, que daban un buen rendimiento.

Tiene que haber sido por aquella época cuando Elisabeth empezó a vivir con Carl Otto Creutz; sin embargo, las fechas son un tanto vagas. Creutz era un alemán del distrito de Cleve que había llegado en 1733 a Suriname como oficial, a los dieciocho años de edad, del ejército de la Sociedad. Se alojó en la casa de un compatriota suyo, también de Cleve, quien no era otro que Frederick Coenraad Bossche, el cuñado de Elisabeth. De esta manera,

Creutz vivió en la misma casa que Elisabeth cuando ambos tenían dieciocho años. Es probable que su relación amorosa datara de esa época.

Carl Otto Creutz nunca se casó. Fue amigo íntimo del gobernador Mauricius, quien tenía graves problemas con la mayoría de los hacendados y colonos. En su calidad de capitán del ejército, Creutz recibió órdenes confidenciales del gobernador para que hiciera la paz con los cimarrones. Después de una serie de campañas y negociaciones fructíferas, Creutz recibió en 1749 la donación de mil acres para una hacienda, situada estratégicamente al lado de una de las haciendas del gobernador.

Si ésta fuese una obra de teatro, en este punto se leería: "Elisabeth Samson hace su entrada por el lado derecho del escenario". Creutz poseía las tierras; su compañera sentimental y socia comercial, Elisabeth, aportó el capital y la mano de obra, unos doscientos esclavos. En 1750, su hacienda quedó registrada como la Plantación Clevia. En 1751, Elisabeth Samson y Carl Otto Creutz se presentaron ante el procurador de justicia para legalizar la propiedad conjunta de la Plantación Clevia, la granja La Soledad y dos casas en la ciudad. Todas las propiedades se mancomunaron excepto una: los esclavos. Como era norma comercial en aquellos tiempos, los esclavos formaban parte del inventario de las haciendas. En este caso, sin embargo, Elisabeth declaró que sus esclavos no pertenecían a la hacienda sino que eran parte de sus posesiones privadas.

La pareja no tuvo hijos. Elisabeth se encargaba de los negocios y administraba las haciendas y las casas. Ella redactaba las cartas y entablaba las negociacio-

nes. De hecho, era frecuente que Carl Otto estuviese en la selva, dirigiendo operaciones para capturar y aplastar a los cimarrones. Como consecuencia de sus repetidas visitas a la selva, contrajo el paludismo y a menudo presentaba episodios de esta enfermedad. En 1753, por ejemplo, estuvo tan enfermo que apenas si pudo caminar durante casi un año. En esa ocasión creyó que iba a morir y le envió a su hermano una carta en que se lo comunicaba.

En 1753, quizá teniendo en cuenta su enfermedad y la idea de su muerte inminente, los Directores de la Sociedad nombraron a Creutz para que formara parte del Consejo Político. Creutz los sorprendió a todos, pues vivió hasta noviembre de 1762, cuando llegó a ser el miembro de más edad de dicho organismo.

Carl Otto y Elisabeth vivían con grandes lujos en Paramaribo. Poseían una hermosa casa y tenían cuarenta y cuatro esclavos a su disposición. Eran dueños de todo lo que se podía comprar con dinero en esa época. El inventario de sus pertenencias domésticas llenaba treinta y un folios. Sus armarios estaban repletos de artículos de lujo: encajes y terciopelo, botones de oro y hebillas de plata para los zapatos. En los aposentos había candeleros de cristal cortado, muebles de caoba muy ornamentados, platería y artículos de porcelana, incluidas diecinueve docenas de juegos de té de porcelana japonesa. La bodega de la casa albergaba centenares de botellas de vino, cerveza, licores y agua de soda.

En aquellos tiempos, casi todas las casas de Paramaribo tenían un largo patio donde estaban ubicadas las casas de los esclavos. No así en la casa de Elisabeth, pues los aposentos de los esclavos estaban

ubicados en una propiedad independiente que se encontraba en la acera del frente de la casa. En dicho solar, los establos ocupaban la parte delantera y las casas de los esclavos, la parte trasera. Encima de los establos había un departamento de cuatro habitaciones donde vivía el organista de la Iglesia Reformada Holandesa, quien era inquilino de Elisabeth y, por obra del destino, andando el tiempo sería el primer hombre al que ella le propondría matrimonio.

Carl Otto Creutz murió en 1762. En su testamento, dispuso que Elisabeth Samson usufructuara hasta la muerte la mitad que le correspondía a él de los bienes que poseían en común, pero que los herederos finales serían sus hermanos en Emmerich, Alemania. Elisabeth les escribió a éstos proponiéndoles comprar la parte de la Plantación Clevia que pertenecía al difunto Creutz. A mi parecer, esto no era necesario porque ella podía haber tomado posesión de esta parte hasta su propia muerte, especialmente porque no habían tenido hijos. Aun así, ella quería adquirir la parte de su socio mediante la compra legal de sus herederos. La carta en cuestión la redactó en 1764, a los dos meses de haber presentado la solicitud para casarse con su inquilino, el organista de iglesia Christopher Polycarpus Braband.

Sea como fuere, al recibir la propuesta de compra de Elisabeth, los hermanos de Creutz en Alemania accedieron a venderle la parte que les correspondía de la granja y la hacienda. En aquel tiempo, la Plantación Clevia valía 200.000 florines, y La Soledad, 100.010 florines. Para cerrar el trato, Elisabeth tuvo que pagar 155.000 florines en efectivo y 70.000 en títulos, y prometió pagar el resto en pocos meses,

lo que en efecto hizo. De esta manera, Elisabeth Samson se convirtió en la propietaria única de la Plantación Clevia y la granja La Soledad. Junto con las otras dos haciendas que ya poseía, controlaba cuatro en total. Además, era propietaria de la mansión Wagenwegstraat y de otras cinco propiedades en Paramaribo.

Así llegamos a 1767, unos cuantos meses antes de que Elisabeth recibiera la autorización para casarse. Entre tanto, había fallecido una de sus hermanas, de tal manera que Elisabeth y Nanette, la otra hermana que le quedaba, tuvieron que administrar las haciendas. Ambas habían heredado de su hermana, Catherine, otras dos haciendas, Vlaardingen y Catherinasburg. Además, habían mancomunado sus recursos para adquirir la Plantación Belwaarde, que había pertenecido al antiguo gobernador Mauricius y estaba idealmente situada al lado de la Plantación Clevia.

Al poco tiempo, Elisabeth, por conducto de su abogado en Amsterdam, encargó la construcción en Holanda de una fragata para ella y su hermana. La embarcación se iba a destinar al comercio marítimo de los bienes producidos en sus haciendas. Ese mismo año, 1767, el barco arribó a Suriname con un nombre muy apropiado: *Miss Nanette and Miss Elisabeth*. Como Nanette no sabía escribir, en vez de firma ponía una cruz en los documentos. Era Elisabeth quien escribía toda la correspondencia con su pulcra caligrafía y firmaba con su nombre completo. He encontrado conocimientos de embarque suyos. Los sacos de café llevaban estampado un gran sello con las iniciales ESB (Elisabeth Samson Belwaarde) o ESC (Elisabeth Samson Clevia). Lamentablemente, la fragata *Miss Nanette and Miss Elisa-*

*beth* naufragó frente a las costas de Carolina del Norte a los dos años de haber entrado en servicio.

En agosto de 1767, llegó a Suriname la anhelada carta. Los Directores de la Sociedad de Suriname eran informados por escrito de que los Generales del Estado habían emitido su veredicto, según el cual no existía ninguna ley holandesa que prohibiese el matrimonio entre negros y blancos.

Lo curioso de todo esto es que, habiendo fallecido Creutz y Braband, a las puertas de Elisabeth tocó un nuevo prometido. No está del todo clara la manera como Elisabeth haya llegado a un acuerdo con Hermanus Daniel Zobre, pero lo cierto es que se casaron en 1767. Aunque no tengo prueba de ello, estoy segura de que fue ella quien se declaró.

Desde luego, uno no deja de preguntarse por qué Elisabeth no se casó con Carl Otto Creutz, con quien vivió tantos años. Esto es pura conjetura, pero no olvidemos que Creutz estaba en el gobierno. Él debe haber pensado que ese matrimonio habría sido prohibido por la ley. El diario del gobernador Mauricius, quien había sido amigo íntimo de Creutz, puede arrojar alguna luz sobre este asunto. En la entrada correspondiente al 24 de diciembre de 1764, el gobernador anotó que todo marchaba bien en la colonia; los negocios prosperaban y todos los asuntos estaban en orden. Sin embargo, proseguía, había un asunto excepcional que lo perturbaba, a saber, que tantos blancos viviesen con esas negras y rojas paganas. Estas son sus exactas y reveladoras palabras: "Incluso los miembros del Consejo Político, que deberían conocer la ley, son culpables de esta falta".

Puedo imaginarme a Elisabeth dicién-

dole a su Carl Otto: "Vamos a casarnos, querido"; y al interpelado responder en cada ocasión: "Querida, tú sabes cuánto deseo casarme contigo, pero no puedo. La ley no lo permite". Después de cierto tiempo, ella se resignó; pero cuando él murió, volvió a intentarlo.

¿Amaba Elisabeth a Zobre, veintidós años menor que ella? No lo creo. Estoy convencida de que deseaba casarse porque era lo único que no tenía. Nunca había disfrutado de la posición de una mujer casada y estoy segura de que esto le amargaba constantemente la vida. Sin duda alguna, las mujeres blancas de la isla nunca le dejaron olvidarse de ese hecho. Aunque ella era enormemente rica y podría opacarlas y superarlas en casi todo, al no estar casada sus rivales femeninas podían señalarla con el dedo y mofarse de ella llamándola "prostituta, puta". Me imagino que en aquellas sociedades de antaño, declararían abiertamente que la vida de ella era pecaminosa, pues vivía con un hombre con el que no estaba casada. De este modo, al final de su vida, Elisabeth Samson quería demostrar que ella también podía casarse. En un sentido muy profundo, creo que tal vez esto valía todo lo que ella poseía.

En julio del año siguiente, 1768, Elisabeth y su marido Zobre se plantaron frente al procurador y redactaron cada uno su testamento. El matrimonio no duró mucho, pues a los tres años y medio, el 21 de abril de 1771, Elisabeth Samson murió. A sus parientes les legó un total de 23.000 florines, mientras que el resto de su fortuna fue a dar a manos de su marido, Hermanus Daniel Zobre, su legítimo heredero. Sus posesiones valían más de un millón de florines.

Hay quienes se preguntan si Zobre es-

taba agradecido; si así fue, nunca lo demostró, ya que ni siquiera se tomó la molestia de erigir una lápida en la tumba de su benefactora y esposa. Una cosa sí es indudable: a los 33 años de edad había triunfado en la vida y se convirtió en un hombre importante en la colonia.

Como Elisabeth y su hermana, Nanette, poseían en común Belwaarde, Vlaardingen, Catherinasburg y la mitad de Salzhallen, a la muerte de aquélla Zobre tuvo que entrar en tratos con Nanette, y pasó a encargarse de los negocios de ésta. Pero a los pocos años la actividad comercial empezó a declinar en la colonia. En 1772 se perdió toda una cosecha y al año siguiente se produjo una importante quiebra de bancos en Amsterdam. Como consecuencia de ello, Zobre obtuvo un préstamo de 200.000 florines hipotecando la Plantación Belwaarde y se comprometió a liquidar la deuda antes de finalizado el año 1775. En 1776, al no haber recibido ninguna cantidad de él, el banco escribió a los propietarios. Nanette, la única hermana superviviente de Elisabeth, protestó por conducto del marido de una de sus sobrinas. Al parecer, no sabía absolutamente nada de la hipoteca que había tomado Zobre, así que destituyó a éste y nombró encargado de sus asuntos al marido de la sobrina. Tuvo la gentileza de asumir la deuda de Zobre y, con ello, la propiedad de Belwaarde. Pero como las dificultades económicas persistían, se vio obligada a hipotecar la propiedad. Un descalabro económico condujo al siguiente y las deudas se fueron acumulando, hasta que en 1778 la mujer quedó en bancarrota.

Los registros históricos han revelado que Zobre se convirtió en un millonario bien conocido. Pasó varios meses en Ho-

landa, donde despidió al anterior encargado de negocios de Elisabeth antes de gestionar una hipoteca por valor de 800.000 florines con los acaudalados comerciantes Jan y Theo Marselis. Zobre nunca pagó nada y, después de morir, en 1784, su hermano se negó a aceptar la herencia que le había dejado.

De esta manera, todas las haciendas y casas de Elisabeth Samson cayeron en manos de Jan y Theo Marselis, dueños de una gran empresa mercantil en Amsterdam. En ese momento se hicieron realidad los pronósticos que habían hecho el gobernador y el Consejo Político: la fortuna de Elisabeth Samson fue a dar a los blancos, que la recibieron con los brazos abiertos.

Este ha sido, amigos míos, el relato de la extraordinaria negra libre llamada Elisabeth Samson. Cuando comencé este proyecto, hace diez años, simplemente quería escribir una obra de imaginación basada en algunos elementos históricos. Después de descubrir y seguir tropezando con tanta información tan bien documentada y llena de notas, caí en la cuenta de que era mi deber para con la posteridad y las generaciones futuras desentrañar toda la madeja de estos asombrosos hallazgos en un documento basado en una investigación científica exhaustiva. Me pareció que era más importante que la gente leyera exactamente lo que había descubierto, en vez de contentarse con la fantasía de Cynthia McLeod.

Algunos amigos con quienes comenté estos hallazgos en etapa temprana me aconsejaron que utilizara esta información para hacer un doctorado. Lo que más me importaba era que se reconociera la labor científica de investigación y descubrimiento. Fue así como presenté mis hallaz-

gos a la Universidad de Utrecht. Me sentí especialmente conmovida por la entusiasta respuesta del jefe del departamento de antropología, quien reconoció que esos resultados permitían formarse una nueva visión de la vida social surinamesa del siglo XVIII. Posteriormente, esa universidad publicó el documento científico sobre Elisabeth Samson que, para desgracia de muchos de ustedes, está en holandés.

Fueron muchas las cosas que aprendí durante mi investigación. La más importante es que toda nación debería tener fácil acceso a las fuentes de su propia historia. Sin ese acceso, los pueblos corren el riesgo de formarse imágenes erróneas de sí mismos, basadas exclusivamente en estereotipos. Esto es exactamente lo que sucedió en Suriname simplemente porque todos los registros están en Holanda.

Otra enseñanza importante fue que, si bien los códigos de conducta de negros y blancos de Suriname eran muy severos en teoría durante la época de la esclavitud, se relajaban mucho en la vida cotidiana de las personas. Es claro que los negros libres podían hacer cosas, aunque desde luego no todas las negras libres eran como Elisabeth Samson.

Aprendí asimismo que las relaciones entre las razas eran mucho más complejas de lo que uno se imaginaría de ordinario. Creo que esa complejidad queda ilustrada en el *plakkaat* emitido en 1782, apenas transcurridos once años de la muerte de Elisabeth Samson. Toda la estructura social se había vuelto tan compleja que el gobierno tuvo que simplificar el sistema de clasificación racial. Este decreto establecía que, a partir de esa fecha, el gobierno sólo reconocía tres grupos étnicos entre los negros y los mulatos: primero, negros y *karboeger*; segundo,

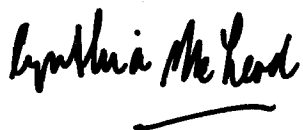
mulatos; y tercero, *mesties*. Todos los demás grupos se consideraban blancos, incluso los *mesties* nacidos dentro del matrimonio.

Me emociona muchísimo saber que, como resultado de mi estudio precursor, Elisabeth Samson se ha convertido en una figura popular y querida, casi un personaje folklórico. Pero déjenme advertirles que no todo el mundo la quiere. Suscita tanta controversia como admiración, pero esto no representa ningún problema para mí. El problema surge cuando la gente empieza a confundir a Cynthia McLeod con Elisabeth Samson y trata de dirigir hacia mí su desagrado por ella.

En ocasiones debo afrontar preguntas tales como: ¿por qué Elisabeth no hizo algo por otros negros, especialmente mujeres, en su época? Si bien no puedo hablar categóricamente por Elisabeth, estoy convencida, tras haber examinado los registros minuciosamente, de que sí hizo algo por las mujeres y especialmente por las negras. Creo que por medio de sus actos y su vida tan vigorosa, Elisabeth Samson demostró que uno no tiene que sentarse a esperar que otros vengán a hacer algo por uno. Si uno quiere lograr algo, tiene que tomar la iniciativa y hacerlo uno mismo.

Para finalizar, déjenme decirles lo reconfortante que resulta ver tantas caras maravillosas, especialmente tantos rostros nuevos aquí en Washington. Sinceramente, espero que éste sea el primero de muchos homenajes para celebrar la vida de una verdadera heroína negra, poco conocida, del Nuevo Mundo. ¿No es verdad que el siglo XXI necesita muchas mujeres más como Elisabeth Samson, y no sólo la que en verdad vivió hace más de doscientos años?

**Cynthia McLeod-Ferrier** (Paramaribo, Suriname, 1936) es la cuarta de los hijos del Dr. Johan Ferrier, quien fuera el último gobernador y primer presidente de Suriname. Ella pasó su niñez en Suriname y se educó en Holanda. Enseñó lengua y literatura holandesas en Paramaribo hasta 1978, cuando su esposo fue nombrado embajador en Venezuela, y posteriormente en Bélgica y los Estados Unidos. Durante este período, la Sra. McLeod comenzó a escribir y en 1987 publicó su primera novela, *Hoe duur was de suiker* (El caro precio del azúcar), que trataba de los colonos judíos de Suriname en el siglo XVIII y sigue siendo el libro más vendido en las librerías del país. En 1992 apareció su segunda novela histórica, *Farewell Merodia*, y en 1996 la obra *Ma Rochelle passe, welkom El Dorado*, acerca de las familias hugonotes francesas en Suriname. La Sra. McLeod pasa una parte del año en Amberes, Bélgica, y la otra en Paramaribo, donde hace poco tiempo, en reconocimiento de su contribución literaria, fue condecorada por el presidente de Suriname, quien la distinguió con la Orden Honoraria de la Palma de Oro.

A handwritten signature in black ink that reads "Cynthia McLeod". The signature is written in a cursive, flowing style. Below the name, there is a single horizontal line that starts under the 'C' and ends under the 'd'.

Otras publicaciones disponibles de la Serie *Encuentros*:

- *Casas, voces y lenguas de América Latina*  
Diálogo con José Donoso, novelista chileno.  
No. 1, marzo de 1993.
- *Cómo empezó la historia de América*  
Germán Arciniegas, periodista, historiador y diplomático colombiano.  
No. 2, abril de 1993.
- *Año internacional de los pueblos indígenas*  
Rigoberta Menchú, líder indígena guatemalteca y Premio Nóbel de la Paz en 1992.  
No. 3, octubre de 1993.
- *Narrativa paraguaya actual: dos vertientes*  
Renée Ferrer, escritora y poeta paraguaya.  
No. 4, marzo de 1994.
- *El Paraguay en sus artes plásticas*  
Annick Sanjurjo Casciero, historiadora paraguaya.  
No. 5, marzo de 1994.
- *El porvenir del drama*  
Alfonso Sastre, dramaturgo español.  
No. 6, abril de 1994.
- *Del baile popular a la danza clásica*  
Edward Villella, bailarín estadounidense, director artístico del Ballet de la Ciudad de Miami.  
No. 7, agosto de 1994.
- *Belice: una perspectiva literaria*  
Zee Edgell, novelista beliceña, autora de *Beka Lamb*.  
No. 8, setiembre de 1994.
- *El desarrollo de la escultura en la Escuela Quiteña*  
Magdalena Gallegos de Donoso, antropóloga ecuatoriana.  
No. 9, octubre de 1994.
- *Arte en contexto: estética, ambiente y función en las artes de Japón*  
Ann Yonemura, curadora norteamericana de arte japonés de las Galerías Freer y Sackler de la Institución Smithsonian.  
No. 10, marzo de 1995.

- *Hacia el fin del milenio*  
Homero Aridjis, poeta mexicano, ganador del Premio Global 500 de las Naciones Unidas.  
No. 11, setiembre de 1995.
- *Haití: una experiencia de dos culturas*  
Edwidge Danticat, novelista haitiana, autora de *Krik! Krak!.*  
No. 12, diciembre de 1995.
- *Los significados del milenio*  
Bernard McGinn, teólogo norteamericano de la Universidad de Chicago.  
No. 13, enero de 1996.
- *Milenarismos andinos: originalidad y materialidad (siglos XVI - XVIII)*  
Manuel Burga, sociólogo peruano de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.  
No. 14, febrero de 1996.
- *Apocalipsis en los Andes: zonas de contacto y lucha por el poder interpretativo.*  
Mary Louise Pratt, lingüista canadiense de la Universidad de Stanford.  
No. 15, marzo de 1996.
- *Cuando nos visitan los forasteros: discurso del milenio, comparación y el retorno de Quetzalcóatl.*  
David Carrasco, historiador norteamericano de la Universidad de Princeton.  
No. 16, junio de 1996.
- *El mesianismo en el Brasil: notas de un antropólogo social*  
Roberto Da Matta, antropólogo brasileño de la Universidad de Notre Dame.  
No. 17, setiembre de 1996.
- *El milenio de los pueblos: el legado de Juan y Eva Perón*  
Juan E. Corradi, sociólogo argentino de la Universidad de Nueva York.  
No. 18, noviembre de 1996.
- *Breves apuntes sobre la literatura ecuatoriana y norteamericana*  
Raúl Pérez Torres, poeta ecuatoriano.  
No. 19, marzo de 1997.
- *Sociedad y poesía: los enmantados*  
Roberto Sosa, poeta hondureño.  
No. 20, mayo de 1997.

- *La arquitectura como un proceso viviente*  
Douglas Cardinal, arquitecto canadiense del Museo Nacional del Indio Americano en Washington D.C.  
No. 21, julio de 1997.
  
- *Cómo se escribe una ópera: una visita tras bambalinas al taller del compositor*  
Daniel Catán, compositor mexicano de ópera.  
No. 22, agosto de 1997.
  
- *La bienvenida mutua: transformación cultural del Caribe en el siglo XXI.*  
Earl Lovelace, novelista de Trinidad y Tobago y ganador del premio de la Mancomunidad Británica para Escritores en 1997.  
No. 23, enero de 1998.
  
- *De vuelta del silencio*  
Albalucía Angel, novelista colombiana, pionera del posmodernismo latinoamericano.  
No. 24, abril de 1998.
  
- *Cómo se están transformando los Estados Unidos por efecto de la inmigración latina.*  
Roberto Suro, reportero estadounidense de *The Washington Post* en Washington, D. C., y director de la oficina local de *New York Times* en Houston, Texas.  
No. 25, mayo de 1998.
  
- *La iconografía de la cerámica pintada del norte de los Andes*  
Felipe Cárdenas-Arroyo, arqueólogo colombiano de la Universidad de Los Andes en Bogotá.  
No. 26, julio de 1998.
  
- *En celebración de la extraordinaria vida de Elisabeth Samson*  
Cynthia McLeod, novelista surinamesa y autora de *El caro precio del azúcar*.  
No. 27, agosto de 1998.
  
- *Un país, una década*  
Salvador Garmendia, escritor venezolano, ganador del Premio Juan Rulfo y del Premio Nacional de Literatura.  
No. 28, septiembre de 1998.
  
- *Aspectos de creación en la novela centroamericana*  
Gloria Guardia, escritora panameña, miembro de la Academia Española en Panamá.  
No. 29, septiembre de 1998.

- *Hecho en Guyana*  
Fred D'Aguiar, novelista guyanés, ganador de los Premios: Whitbread, Obras de Ficción y Malcolm X de Poesía.  
No. 30, noviembre de 1998.
- *Mentiras verdaderas sobre la creación literaria*  
Sergio Ramírez, escritor nicaragüense, Vicepresidente de su país.  
No. 31, mayo de 1999.
- *Mito, historia y ficción en América Latina*  
Tomás Eloy Martínez, escritor argentino, autor de *Santa Evita*.  
No. 32, mayo de 1999.
- *Fundamentos culturales de la integración latinoamericana*  
Leopoldo Castedo, historiador español-chileno.  
No. 33, setiembre de 1999.
- *El Salvador y la construcción de la identidad cultural*  
Miguel Huezo Mixco, periodista y poeta salvadoreño.  
No. 34, octubre de 1999.
- *La memoria femenina en la narrativa*  
Nélida Piñon, novelista brasileña, autora de *República de los sueños*.  
No. 35, noviembre de 1999.

- 
- Versiones en inglés y en español

*La Serie Encuentros es distribuida gratuitamente a las bibliotecas municipales y universitarias de los países miembros del Banco Interamericano de Desarrollo. Las entidades interesadas en obtener la serie deberán dirigirse al Centro Cultural del BID, en Washington, D.C., a la dirección que aparece en la contratapa.*



**Banco Interamericano de Desarrollo**

CENTRO CULTURAL

1300 New York Avenue, N.W.

Washington, D.C. 20577

U.S.A.

Tel: (202) 623-3774

Fax: (202) 623-3192

IDBCC@iadb.org